

Junio veinte

Claudia Guillén

No cabe duda, la mala suerte me trajo aquí. Se ha empeñado en adoptarme, en no dejarme; tal parece que estamos entrelazadas y que nuestro vínculo sólo se romperá en el momento de mi muerte. Supongo que esta afirmación podría parecer exagerada, o tremendista, o quizá producto del pesimismo propio de mi encierro. Sin embargo, mis palabras son ciertas. Las situaciones que lo prueban resultan tan concluyentes que no me ha quedado más remedio que asumirlo.

Sucede que existe un día en el año en que toda la mala suerte se me incrusta en la piel como filosos arpones envenenados que convierten mi vida en un auténtico infierno. Es un hecho, cada junio veinte se presentan tragedias fuera de mi control. De cuando en cuando la víctima ha sido alguien a quien apenas conozco, pero en la mayoría de los casos quienes sufren son gentes cercanas, un familiar o algún amigo. Estoy convencida de que todo hubiera sido distinto, o por lo menos más relajado, de no haber nacido en esa oscura fecha. Bien lo dice el horóscopo: el veinte de junio es un mal día para los géminis. Y durante el transcurso de mi vida esto se ha demostrado de manera definitiva.

Según los conocedores, nacer bajo este signo implica tener dos personalidades: la mujer y la bestia; pero en mi caso las dos se han unido en la desgracia a partir de distintos sucesos. En más de una ocasión deseé que la bestia sobresaliera para derrotar la adversidad y no que se opacara hasta casi desaparecer. De seguir mis impulsos más primitivos, acaso hubiera podido rebelarme contra este destino terrible. Pero mi naturaleza es más bien pasiva y un tanto abnegada, y las desgracias fluyeron a mí como si fueran de esas que manda Dios, o el diablo, por el puro placer de divertirse. Contra eso, usted entenderá que nada se puede hacer.

Mi padre murió de cáncer en los pulmones a los treinta y tres, la mítica edad de Cristo. Esta situación, aunque poco común, no tendría mayor significado de no ser por el detalle de que papá, en su corta vida, no probó un cigarro. Además, le declararon el mal doce meses antes de su muerte. ¿En qué fecha? Junio veinte, cuando yo cumplía mi primer año de existencia. Si de por sí es duro

crecer sin un padre, es aún más duro cuando las desgracias caen como un aguacero encima de nuestras vidas. Y es que ahí no pararon mis infortunios; por el contrario, ése apenas fue el inicio. Al llegar mi décimo cumpleaños, mi madre por fin decidió que ya había pasado el tiempo prudente de duelo para poder llevar a cabo una fiesta, y se dispuso a preparármela. Nos encontrábamos dándole los últimos toques a los arreglos cuando, minutos antes de que llegara la hora de iniciar el festejo, una vecina entró muy asustada a decirnos entre gritos histéricos y sollozos que mi único hermano, Raúl, estaba tirado en la esquina de la casa en un charco de su propia sangre porque un automóvil lo había arrollado al volver con el pastel. No hubo festejo. Los invitados se marcharon sin romper la piñata, sin ver al payaso y con todo y sus regalos. Raúl quedó hemipléjico.

A partir de ahí dejé las celebraciones. No por guardar luto a la memoria de mi padre, que en gloria esté, ni por respeto a mi hermano, sino por miedo de que fueran a ocurrir más calamidades. Cuando veía en el calendario que se acercaba el mes, y luego el día, mi estado de ánimo se inundaba de angustia. Incluso ingresé en todas las formas posibles de la evasión, practiqué deportes como si fuera una posible medallista olímpica, leí compulsivamente obras completas de clásicos y no clásicos, dormí durante tardes enteras emulando a un oso en plena época de hibernar: nada surtió efecto, no logré alejar de mi pensamiento esa fecha que me perseguía como un halcón a una rata. Es cierto que durante algunos años llegué a sentirme feliz y confiada de que las tragedias disminuirían hasta desaparecer, porque, de no ser por la muerte del gato de la casa y algunos otros incidentes sin importancia, no había mayor cosa que lamentar. Pero en la preparatoria se demostró lo contrario: mientras hacíamos en casa un trabajo que nos pidió el maestro de química, Juan, mi mejor amigo, mezcló mal las sustancias de un experimento y se produjo una explosión. Escuché gritos y la sala se llenó de humo. Cuando vi que de los ojos de Juan brotaba sangre en lugar de lágrimas, me reproché una y mil veces no haber previsto que, siendo veinte de junio, nada bueno podía ocurrir. Sí, el día que

cumplí dieciséis años mi pobre amigo Juan quedó ciego a causa de las quemaduras y los vidrios del tubo de ensayo que se le incrustaron en la retina. Y así podría seguir enumerando muchos capítulos tristes de mi pasado, pero el buen gusto me obliga a callar. Además, quisiera concentrarme en lo que pasó en mi penúltimo cumpleaños. Lo que, muy a pesar mío, transformó mi presente y mi futuro.

Desde siempre estuve cercana a las artes y la cultura, quizá por el carácter huraño que se me fue formando a causa de los tropiezos de los que he sido objeto, o tal vez porque quise encontrar en ellas una respuesta a mi relación con la suerte. Por este motivo, decidí estudiar una licenciatura en Promoción Cultural. Se trata de una de esas carreras que bien podrían no existir, ya que sólo se necesitan algunas técnicas muy fáciles de emplear y la experiencia que se adquiere con el ejercicio. Pero ése no es el asunto, ni tampoco que me recibiera diez años después de la inscripción, y no a los cuatro, como mis compañeros, por no haber aprobado los exámenes que se aplicaban en el periodo de junio, mes en el que, como es claro, llegué a encontrarme en estados depresivos y angustias casi patológicas. Las pastillas que tomaba en ese tiempo lograban transformarme tanto que parecía una zombi: me cuentan que durante la hora del examen me quedaba inmóvil, sentada, con un lápiz en la mano, a punto de escribir algo y mirando al pizarrón, como si se tratara de un paisaje entrañable y perdido en el horizonte.

En la escuela fue donde conocí a Marco. Él ansiaba ser un gran dramaturgo, pero sus padres lo obligaron a estudiar una carrera antes de dedicarse a su vocación. Es cierto que no era un hombre común y corriente: su extrema delicadeza lo diferenciaba de los demás. Ahora que lo pienso, creo que su cariño por mí fue motivado por algo de lástima o conmisericordia, y también por esa locura que lo hacía lucir como un ser extravagante y de la que yo me enamoré perdidamente; una locura que imantaba y le permitía abrir cualquier puerta. Tenía muchos amigos muy diversos, algunos muy bien acomodados; entre ellos, un funcionario que me dio un importante puesto en Promoción Cultural para los Estados, donde ganaba lo suficiente como para que Marco sólo se dedicara a escribir. Lo único incómodo era que debía viajar por lo menos dos veces por semana para impartir cursos y asesorías, pero eso propiciaba que, a cada uno de mis regresos, nos viéramos con mayor gusto, con más amor.

Sí, éramos felices. Llevábamos nueve meses de casados y todo parecía marchar viento en popa. Marco avanzaba con pasos firmes hacia el reconocimiento que su obra merecía, y yo me concentraba, con cierto éxito, en tratar de olvidar el mes de mi nacimiento. Antes de casarnos yo le hablé de cómo me acosaba la mala suerte, pero Marco insistió en que se trataba de puras coincidencias y me rogó que no pensara más en ello. No pude

hacerlo. La inminente llegada del veinte de junio era ya una obsesión. Entonces Marco me propuso organizar una fiesta para despedir a la dama fatal, como acostumbraba nombrar a mi mala suerte con el fin de restarle importancia, y estuve de acuerdo. Con lo que no contamos fue con que ese día me mandaron a Chiapas a impartir un seminario. Pedí permiso para posponer el viaje, pero mi jefe no accedió. De alguna manera sentí cierto alivio al burlar el calendario, aunque también tristeza por alejarme de Marco cuando planeábamos exorcizar el rosario de desgracias que me había invadido como grandes hoyos negros a lo largo de mi vida. Con ese sentimiento ambiguo, doble, típico del géminis, salí con la promesa de que a mi regreso haríamos de cuenta que el calendario se había recorrido un día para celebrar mi cumpleaños.

Después de cinco o seis horas de permanecer en la sala de espera del aeropuerto, los encargados de la línea dieron una noticia que de inmediato me llenó de felicidad: todos los vuelos se habían suspendido a causa del mal tiempo. Avisé a mi jefe y, con un “qué suertuda es usted, Chabelita”, me mandó a casa a festejar. El camino de regreso me pareció demasiado corto, tal vez por el entusiasmo y la felicidad que se me vinieron encima. Sentía que el exorcismo comenzaba a surtir efecto.

Al abrir la puerta encontré un desorden descomunal: en la sala había botellas de vino a medio vaciar y platos con restos de paté, quesos y carnes frías. De momento no me sorprendió; es más, me pareció hasta lógico, ya que seguramente Marco había decidido festejarme en ausencia. En más de una ocasión, cuando le llegué a hablar por teléfono de alguno de mis viajes, escuchaba voces, música y gran alboroto del otro lado de la línea; nunca le faltó pretexto para reunirse con los amigos. Subí las escaleras llamándolo y no me respondió. Al entrar en nuestra recámara vi la cama desecha, aunque el resto del cuarto lucía ordenado. Se alcanzaba a ver, por la rendija de la puerta, que la luz del baño estaba encendida y se oía el motor del jacuzzi rugiendo como un gran barco de vapor, acompañado por los coros del *Réquiem* de Mozart a todo volumen. Supuse que Marco, después de despedir a los comensales, había optado por descansar dándose uno de esos largos baños que acostumbraba. Y que, como siempre, no había hecho ningún caso de mis advertencias con respecto al peligro de conectar el estéreo mientras se bañaba. Yo sabía de muchos muertos a causa de imprudencias semejantes y, siendo junio veinte, me parecía una temible provocación a mi pasado. Consciente de que mi susceptibilidad estaba a flor de piel, traté de sofocar mis temores y decidí esperar a verlo aparecer en la habitación como más me gustaba: fresco, aún escurriéndole pequeñas gotas de agua por los vellos del pecho, con una diminuta toalla enrollada en la cintura.

Me puse cómoda. Desnuda, me tiré en la cama a fumar un cigarro para observar el humo esparciéndose por toda la habitación, como si se tratara de nerviosos y pequeños pájaros. Al mismo tiempo una de mis manos jugaba a desenredar los vellos de mi pubis. Imaginaba por anticipado el placer de abrazar a Marco, de besarlos en los distintos espacios y bordes de su cuerpo; de recorrerlo sin prisa, con ligeros sorbos, como si su sangre hirviera y quemara mis labios a pesar de la piel, hasta llegar a la toalla para abrirla y dejar su pene recién lavado a merced de mi boca y de los juegos de mi lengua que lo humedecería tanto o más que el agua, impregnándome por completo de su aroma a limpio.

Tardaba en aparecer, así que decidí entrar, asumiendo que en el día de mi cumpleaños tenía derecho de romper ciertas reglas, como la de interrumpir su descanso sin que él me lo hubiera pedido. Rocié algo de perfume en mi cuerpo y me envolví en una toalla. Mi intención era gritar ¡sorpresa!, al tiempo que extendía la única prenda que abrigaba mi cuerpo simulando grandes alas de mariposa: era uno de nuestros juegos predilectos antes de hacer el amor. Por desgracia, esta vez no funcionó. Apenas abrí mis alas, me sentí cohibida y perpleja ante la escena: un hombre con la piel mojada por el agua de la bañera y su propio sudor sumía su ancho pene entre las nalgas desnudas de mi marido, le besaba el cuello furiosamente y una de sus manos iba sin parar de un sitio a otro en ese cuerpo que era mío, mientras que con la otra se apropiaba del pene de Marco para agitarlo como refresco gaseoso. Marco, por su parte, cerraba los ojos, apretaba los dientes con una expresión de evidente dolor envuelto en un siniestro placer. Esperé en la entrada, inmóvil, sin dar crédito a lo que mis ojos veían. Ellos no se dieron cuenta de mi presencia a causa de sus ruidosos y vulgares desplantes de placer, que se mezclaban con los acordes del *Réquiem*, como si éste fuera su acompañamiento natural. Estuve ahí por un minuto, quizá dos, en una situación ridícula: con la toalla y mi boca abiertas de par en par.

Todavía no entiendo cómo pude salir de mi asombro. Llena de ira caminé hacia el interior del baño, fijando mi vista en esos cuerpos que se convulsionaban como peces fuera del agua y que despedían una mezcla de olores ambiguos y agradables. Por un instante supuse que todo se trataba de un mal sueño, y hasta tuve la absurda idea de que ése no era mi Marco, sino alguno de sus amigos, pues solía prestar el jacuzzi a las parejas que no contaban con un refugio para sus encuentros. Pero la violenta reaparición de los coros de Mozart me sacó de mi ensueño: era mi marido en manos de un hombre. El estómago se me comprimió en varios espasmos, me latían las sienes. Sufría, pero continuaba inmóvil, contemplándolos. Llegué a estar tan cerca de ellos que los pude haber besado sin que se enteraran. Cuando comprendí que jamás se darían cuenta de mi presencia si no los interrumpía

a gritos o con golpes, traté de retirarme cuidadosamente para pasar desapercibida. Pero en ese momento Marco abrió los ojos y de un solo empujón desenchufó de su cuerpo a su amante y lo hizo caer de nalgas dentro del agua. Asustada, corrí hacia la puerta. En mi prisa por huir de aquel lugar tropecé con algo, y en menos de un segundo el estéreo había caído dentro del jacuzzi acabando con la vida y el placer de esos malditos.

A pesar del olor a quemado y el color grisáceo que su piel adquirió casi de inmediato, tuve la esperanza de que estuvieran con vida. Llamé a la Cruz Roja y, ante aquel cuadro, uno de los paramédicos clavó en mí una mirada llena de ironía, mientras me preguntaba: Alguno de éstos era algo suyo, ¿no? Le pedí que no hablara en pasado, que Marco seguía siendo mi esposo y que lo que había sucedido ahí era un accidente. El socorrista se concretó a contestarme que eso lo decidiría el Ministerio Público. Y los del Ministerio Público dijeron que, como los rastros de semen en el recto de mi marido lo confirmaban, se trataba de un típico crimen pasional, que seguramente yo lo había calculado todo, que sabía del mal tiempo antes de salir para el aeropuerto, que con toda intención de descubrirlos fingí no saber nada, pues era obvio que estaba enterada de las desviaciones sexuales de mi marido. Y, por si fuera poco, también insinuaron que en más de una ocasión yo había sido partícipe de “sus fiestecitas”. En consecuencia, que algún castigo debía recibir por mi “falta de moral” y mi recién estrenada condición asesina, así que me dieron cincuenta años de cárcel por doble homicidio premeditado.

Apenas llevo tres años encerrada y ya me gané el mote de La Sin Suerte, gracias a que le conté mi vida a mi compañera de celda y ella a su vez se encargó de regar mi historia por todo el penal, apoyada en esa indiscreción tan propia de la mujer que la lleva a hablar de la vida de los demás como si fuera la suya. Ya nadie se me acerca. Y si piensa que los males han dejado de rondarme tras las rejas, está usted equivocado. En junio veinte del año pasado asaltaron las oficinas de la penitenciaría y se llevaron el salario del personal; hecho sin precedentes, según cuentan las custodias, ya que no había ocurrido en la historia de las cárceles del país. Sin ir más lejos, este mes, como es la tradición, la cocinera me iba a preparar un pastel de cumpleaños, y hace unas horas la tuvieron que ingresar en la enfermería por una especie de alergia a algunos alimentos que le cierra la glotis y no le permite respirar. Aún no se sabe si vivirá.

Está comprobado que el porvenir de las personas cercanas a mí, o bien de las que me profesan algún cariño, siempre será negro. Así que, permítame aconsejarle que procure no tener ningún sentimiento hacia mí o hacia mi historia, ya que parece que se ha topado con la mala suerte encarnada en mujer y este encuentro posiblemente alguna consecuencia le traerá. **U**